



El mejor premio del Arte.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

A Madrid desde Sevilla
camina á cortas jornadas
gallardo mancebo, henchido
de risueñas esperanzas.
Lleva por únicos bienes
una mujer que idolatra,
dos niñas de su amor prendas,
ardor que á luchar le inflama,
los consejos de un anciano
pintor y sus enseñanzas,
noble ambicion en su mente,
recomendatorias cartas
para Olivares, ministro
ante el cual se inclina España,
la bendicion de su padre
y en su pecho fé cristiana.
Poco los años le pesan,
mucho la ambicion le arrastra.....

él logrará la victoria
y honra será de su patria,
porque sabe que los triunfos
luchando con fé se alcanzan
y el Arte guarda coronas
para quien sabe ganarlas.

I.

(1623.)

Enfrente de San Felipe
curiosos grupos se paran,
á contemplar en pintura
las facciones del monarca.
El lienzo en que está su efigie,
más que fingida animada,

obra es de un pintor oscuro
que en él cimienta su fama.
Y á fé que quien tales muestras
da de sí en edad temprana,
harto su valor denuncia,
que es empresa temeraria
hollar por la vez primera
una senda nunca hollada.
Quién, al mirar el retrato,
mudo admira su gallarda
ejecucion; quién prorumpie
en elogios y alabanzas;
quién, á su paso siguiendo
su costumbre involuntaria,
se descubre con respeto
creyendo ver al monarca.
Unos recuerdan los triunfos
de los pintores de fama
y á Blas de Prado y Pantoja
quieren conceder la palma;
pero sus voces se pierden
y sus razones se apagan
ante el general murmullo
que contra ellos se levanta.
Circula de boca en boca
un nombre y entre alabanzas
por do quiera lo repite
la muchedumbre entusiasta.
No muy distantes del grupo
en que á Velazquez se ensalza,
otro mas pequeño forman,
siguiendo animada plática,
el Duque del Infantado,
Caltel Rodrigo y Saldaña,
con los Carprios, los Ucedas,
los Castillas y los Vargas.
Nobles por sus ascendientes
y por sus propias hazañas,
casan la adquirida gloria
con otra gloria heredada;
pero nadie al escucharles
su linage adivinara,
que artísticas discusiones
mal con la nobleza casan.
—A fé mia, dice Uceda,
que es empresa temeraria
dar en tierra en un momento
con reputaciones altas.
¿Quién pintará en lo futuro
los retratos del monarca?

— Quien así empieza, replica
Caltel Rodrigo, sobrada
inteligencia denuncia
y condiciones señala.
Si otros pintores no saben
hacer mas, dejen su plaza
á quien de niño les lleva
tan innegables ventajas.
Mozo es Velazquez; sus obras
bien su mocedad retratan,
y los primores del genio
no logra quien peina canas.
Ya el rey le buscó acomodo
y habitacion en su casa,
y el Conde-Duque pretende
que su persona *gallarda*
legue al porvenir el mozo
para asombro de la patria.
—Ardua es la empresa, replica
burlonamente Saldaña,
que si es objeto del Arte
fijar la belleza humana,
ha de sudar el mancebo
para embellecer su espalda.
—¡Imprudentel, le interrumpe
uno que á su lado pasa:
criticad en hora buena
las corcovas literarias;
mas dejad á los ministros
las suyas altas ó bajas.
Que es hombre además Velazquez
tan capaz de poetizarlas,
que asombren en lo futuro
de D. Gaspar las espaldas.
—¿No sabeis el privilegio
que ha concedido el monarca
al sevillano?, pregunta
Giron.
—No sabemos nada.
—Pues imitando el ejemplo
de Alejandro, que hizo gracia
á su pintor de que él solo
fuese quien le retratara,
mandará que se recojan
sus efigies soberanas....
y lo que en Grecia fué Apeles
Velazquez será en España.
—Hizo en ello el soberano
justicia mas bien que gracia;
pero ¿es cierto?

—Lo asegura
quien ha inclinado al monarca
á la merced.

—¿El ministro?

—El mismo que viste y calza.
—Prenda es de arrepentimiento.
—Dios le ha tocado en el alma.
—De seguro va á morirse.
—¡Tal pienso yo, y se prepara
para cuando sus acciones
pese Dios en la balanza,
haciendo una cosa buena
á cuenta de muchas malas!

Así ocupaba á la Córte
de Velazquez la llegada;
así logró en breves dias
lo que solo el genio alcanza,
que príncipes y magnates
su voz al pueblo agregaran
para ir tegiendo al artista
la corona de su fama.

II.

(1656.)

Entremos del regio Alcazar
en un lujoso aposento,
que encierra en sí los primores
de la riqueza y del genio.
Entre cortinas de seda,
ricos tapices flamencos,
bajo reliéves y estatuas,
memorias del arte griego,
lienzos manchados, apuntes
que más ó menos ligeros
muestran vigoroso estilo
y de la verdad el sello,
destaca un cuadro que roba
los ojos y el pensamiento,
á la voluntad arrastra
y esclaviza los deseos.
En él su propio retrato
dejó el pintor, sorprendiendo
la verdad en otros tipos
que honran su claro talento.
Describirlos minucioso
fuera temerario empeño:

quien las *Meninas* no ha visto
nunca podrá comprenderlo.
La princesa Margarita
vive, en mengua de los tiempos,
en ese cuadro que el Arte
imita y nunca con éxito.
Los bufones, los enanos,
que en él acusan riendo
con sus deformes facciones
á un rey, un siglo y un pueblo,
viven tambien ocupando
lugar propio en aquel lienzo;
y hay entre aquellas figuras
de ambiente y de luz portentos;
y los encajes se palpan;
brillan joyas y aderezos
y el espectador pregunta
al mirar cuadro tan bello:
¿es ficcion solo del Arte?
¿Es verdad lo que estoy viendo?
Quiero medir la distancia
y un lienzo plano tropiezo;
me aparto y el lienzo busco
y solo el espacio veo.....
Mas, dejando digresiones,
á nuestra historia tornemos
y á la habitacion que vimos
y al cuadro que es nuestro objeto.
Una persona á su lado
lo mira y admira á un tiempo:
otra, en silencio se aparta
varios pasos con respeto.
Es la primera el monarca
que rige el hispano pueblo;
rey, cuya débil cabeza
no puede sufrir el peso
de la maciza corona
que ciñeran sus abuelos,
y poco á poco en pedazos
ve como salta su cetro;
monarca, de cuya vida
fué la Historia juez severo
y al que las Artes alzaron
admirables monumentos,
porque un corazon de artista
sintió latir en su pecho;
sintió animarse en su alma
mil osados pensamientos,
que no tradujo en victorias
sino solamente en versos.

La otra persona es Velazquez:
claro lo denuncia el fuego
de sus ojos, la melena
que en rizos le baja al cuello
y el ondulante bigote
que espontáneamente enhiesto
marca á sus facciones puras
majestad y atrevimiento.

—¡Pardiez! esclama Felipe,
su rostro al pintor volviendo;
siempre he creído, Velazquez,
que son sublimes tus lienzos;
pero en este, á tu buen nombre
pusiste remate y sello.

—Señor.....

—Lástima que el cuadro
de tantas bellezas lleno,
tan rico en todas sus partes,
tenga tambien un defecto.

—Señor, para corregirlo,
siempre me hallará dispuesto;
vuestra Majestad me indique.....

—No tal: corregirlo quiero
yo mismo: así tendré parte
en los aplausos, que luego
tributarán á esta obra
en los siglos venideros.—

Y el rey, tomando en su diestra
el pincel, llegose al lienzo;
el retrato del artista
contempló mudo un momento,

y sobre la negra ropa
pintó con pulso sereno
la cruz roja de Santiago
al lado izquierdo del pecho.
Cayó Velazquez de hinojos,
Felipe le alzó del suelo
y en estas nobles palabras
completó su pensamiento:

—No es merced la que te otorgo
ni justicia que te debo:
es que reparo un olvido
y que corrijo un defecto.
Noble por tu cuna, noble
por la voluntad del cielo,
que en tu mente encendió un día
la sagrada luz del genio,
tú la nobleza encerrabas
en lo interior de tu pecho,
y yo al exterior la saco
porque la aprecien los necios.
Tú la ganas, yo la pinto,
¿cuál hace más y cuál menos?
Tu con mi trabajo ganas
hábito de caballero:
yo gano más, de otros siglos
ganaré aplauso y aprecio;
pues cuando ensalcen tu gloria
dedicarán un recuerdo
al monarca que ha pintado
la cruz roja de ese lienzo.

O. y B.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.